



A veces los Sueños Matan

Por Teresa Pérez Landa

Los famosos chapines de rubíes de El Mago de Oz, por fin los había conseguido. Habladurías, leyendas negras, historias de todo tipo han fluido en el imaginario del público desde que Víctor Fleming rodara la cinta allá por 1939 en torno a los famosos chapines. Algunas dicen que quien juega con fuego se quema, y los zapatos quedaron

malditos tras el rodaje. Otras cuentan que no es una maldición lo que los posee, sino un embrujo que traerá fama y dinero a su dueño. Acabaron siendo robados, era de esperar. Años desaparecidos. Ahora por fin eran míos. Este había sido sin duda el mejor trabajo que había llevado como detective privada.

Cuando los cogí con mis manos parecían simples zapatos. Unos simples zapatos más. Me los puse, quería saber si sentía algo especial antes de llevárselos al FBI, que había pedido mi ayuda para resolver el caso. Al principio parecía que no me cabían —claro, qué tonta, si yo no tengo el mismo número que Judy Garland—. Pero solo pasaron unos segundos cuando los chapines empezaron a adaptarse progresivamente a mis pies. ¿Estaría alucinando? No, aquellas cosas parecían ahora haber sido creadas para mí. ¿Y si pedía un deseo...?

Sí, claro que iba a pedir el deseo. ¿Cómo perder una oportunidad así? Deseé volver a casa una vez más, como Dorothy en la película. Quería volver a ver a mi madre, mi vieja habitación, mis juguetes, volver a escuchar los pasos atropellados de mis hermanos bajando por las escaleras para llegar a la cocina a desayunar. De pronto aparecí allí, en las largas escaleras de madera. Seguían pareciéndome largas. Mi osito preferido estaba tirado en uno de los escalones. Me agaché y lo cogí con sumo cuidado, el peluche casi se deshacía en mis manos. Lo apreté contra mí, deseando que el pasado cobrara vida. Pero no, la casa estaba en silencio, en absoluta oscuridad. Un pequeño haz de luz se colaba por una cortina. Una devastadora nostalgia impregnaba cada minúscula mota de polvo. Allí no había nada que ver. Los zapatos no funcionaban en ese sentido. ¿Y ahora, cómo saldría de allí?

Salí de la casa. El barrio no se parecía en nada al barrio en el que me crié. Otras casas, vastas extensiones de terreno verde y zonas pantanosas hasta donde me alcanzaba la vista. Me puse camino de ninguna parte con los zapatos de Dorothy en mis pies.

Al poco me crucé con una cabaña de madera. Abrí la puerta trasera con miedo de que los goznes chirriaran; del interior emanaba un olor metálico, era sangre. Puse un dedo en el gatillo de mi Glock. Dentro, un habitáculo oscuro. Por la puerta delantera entraba una luz

crepuscular y en el dintel un niño y una niña, cogidos de la mano sujetaban dos cuchillos de los que chorreaban hilos de sangre. Contuve la respiración, lo único que se escuchaba era el clonck de las rojas gotas al chocar contra el suelo. Cuando mis ojos se habituaron a la penumbra pude ver que había dos cuerpos inertes, dos hombres que no tenían pinta de haber llegado a la cabaña con muy buenas intenciones. Uno estaba sentado con la espalda apretada contra la pared, el otro tumbado boca arriba. Ambos muertos. Era un caso para Kath Williams.

Los dos niños salieron de la cabaña con los cuchillos en la mano, no dudé en ir tras ellos. De vez en cuando miraban por encima de sus hombros como para asegurarse de que les seguía. Anduvimos por aquellos terrenos pantanosos al menos diez minutos. Se detuvieron frente a otra cabaña. Los mocosos se colaron por una puerta que dejaron entreabierta para mí. Otra lúgubre estancia. Solo escuchaba mi respiración y los latidos de mi corazón. Al fondo una ventana y delante de esta dándome la espalda una mujer; su pelo era largo y negro como el azabache, y vestía con una especie de camisón antiguo, era difícil distinguirlo todo en aquella oscuridad. La única luz que penetraba allí era la que provenía de esa ventana. Del techo caían ramas de árbol que a su vez sostenían tarros transparentes rellenos de un líquido rojo con... ¿partes de cuerpos humanos? Los niños se acercaron a la mujer agarrándola de la falda. Ella se dio la vuelta y fue acercándose lentamente hacia mí, mi respiración iba en aumento, volvió a mirarme una vez más, sentí que me quedaba sin respiración, me ahogaba sin poder remediarlo. De pronto todo se volvió negro. Quien juega con fuego se quema.